

843

M.

PA 2625

E 53

F 548

v. 2

*Prohibida toda traducción y reproducción.*

*Es propiedad.*

*Queda hecho el depósito que marca la ley.*



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

18868

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

## SEGUNDA PARTE

### I

#### La gente de trueno.

Nos hallamos en el gran salón rojo de uno de los restaurants más conocidos de París, en la plaza de la Magdalena.

El barón Máximo Saint-Aubin, el vecino que hubiera podido hacer palpitar el corazón de la reina Hortensia, entonces señora de Chagny, ofrecía una comida á algunos amigos.

Estos convites tienen su utilidad.

Dan crédito.

El barón Máximo pasaba por ser uno de los mejores jugadores de París.

Nos referimos á aquellos que barajan bien las cartas, que tallan bancas de quinientos lises y vacían las carteras ó las llenan de papel sobre el tapete verde de los grandes círculos de París.

El barón Máximo pasaba además por ser un hombre de suerte.

Pero le ocurría lo que á todo el que juega, unas veces perdía y otras ganaba.

Solo que ganaba ó perdía con la misma tranquilidad.

Es un *sport*.

El juego de nuestros jugadores triunfa en todas sus formas.

Nunca, en ninguna época, ha causado tantas víctimas como en la nuestra, que no tiene el valor de reconocer sus vicios.

Se juega de mil maneras.

Se juega sobre los aceites, los alcoholes, los granos, el café, las harinas y los azúcares, pero en cierta esfera de la sociedad esto se llama comerciar.

Además, ese movimiento, el más nefasto de todos, donde una bandada de aves de rapiña de alto vuelo devora á todo un pueblo, rebaño vendido por su pastor, el juego se llama especulación.

Nos referimos á la especulación de la alta banca, que un escritor ha definido llamándola la *gran cuadrilla*.

Nos queda además la lotería páfida, disimulada, sín franqueza, que ofrece al público números por un gran premio, ambicionado por todo el mundo y que no toca á nadie; porque, ¿qué es un dichoso entre millones de engañados?

Después las carreras, patrocinadas por el Estado, la ruleta, el bacarrat y los mil juegos que causan á diario miles de ruinas, sobre todo uno protegido por los gendarmes.

¡La Bolsa!

La Bolsa estaba representada en el salón Rojo por un gentleman, precioso ornamento.

Era un hombre de mediana estatura, de indefinida edad, con magníficos botones de diamantes en la pechera de la camisa, de immaculada blancura y planchada en Londres. ¡Dios mío, hasta qué punto ha llegado nuestra estupidez! Llevaba en el ojal de su frac una garteria,

Se llamaba Melchor Chagny.

Era el marido de la reina Hortensia, el amigo—y no se vanagloriaba de ello—del barón Máximo Saint-Aubin.

Melchor decía en el hotel Duprat hablando del barón:

—Sí, ya sé quien es. Le encuentro en todas partes... en el círculo... en las carreras... Es un hombre muy correcto... Pero nadie sabe de donde saca el dinero.

Y añadía maliciosamente.

—¡Es un misterio!

Aparentemente, el gran negocio colonial con el cual había explicado su ausencia á su mujer, debía discutirse en el salón rojo entre copa y copa de Champagne.

La mesa estaba preciosísima, iluminada por la luz eléctrica.

Solo había doce cubiertos.

Mucha plata y seis ramos encantadores puestos delante de seis cubiertos de porcelana artísticamente decorada.

Ya se comprende lo que aquello quería decir.

El banquero sacó su reloj y dijo:

—Las nueve y diez, vuestra gente se retrasa.

Y dirigiéndose á su único compañero de espera que miraba al exterior con las narices pegadas al cristal, añadió:

—Convenid conmigo querido Saint-Aubin en que todas esas criaturas merecían ser azotadas.

—¡Paciencia!

—¿Qué traéis?

—Una media docena de hermosas muñecas...

—¿La hermosa Guerrito?

—En primer término...

—Tan tonta como un ganso.. ¿A qué atribuis su éxito, Saint-Aubin?

—¡A la estúpidez de los hombres—contestó lacónicamente el barón!

—Tenéis razón... Tenemos en París tres ó cuatro mil obreras, una infinidad de señoritas dependientes de almacenes y un buen número de criadas que valen más que ella y que no tienen ni quinientos francos en la Caja de ahorros. La Guerrito gasta trescientosmil francos al año y hace otros tantos de deudas.

—Sí, es cierto. ¡Que estúpidez!

—Bueno. ¿Y en hombres?

—El enorme Rollinet...

—¿El crítico?

—Sí... muy útil... Os le recomiendo... Puede dar jabón en sus artículos cuando se le necesite.

—¿Mediante fianza?

—Claro. Pero produce. Por diez céntimos de incienso las muchachas á las cuales se les alaba son capaces de ir sin camisa á las doce del día de un extremo á otro de la avenida de la Opera.

—Lo cual sería divertido... ¿Y además?

—A Reveillon...

—Seguid...

—La Vallee... el hombre de sport... y, por fin, un joven que me agrada mucho y que es conveniente conocer, Raymundo de Caylus, uno de los más bonitos nombres que nos quedan en París.

—¿El hijo del marqués?

—Y su heredero, puesto que su padre ha muerto...

—Ha dejado una buena fortuna!

—Os creo... Muy sólida... magníficos inmuebles.

—¿Cuenta de renta?

—Dos ó trescientos mil francos para cada uno de sus hijos... sin contar la fortuna de la marquesa...

—¿Son dos?

—Sí; Raimundo, el mayor, un buen muchacho, muy serio y muy inteligente. No se arruinará... podéis estar seguro... Y su hermano... un joven delgaducho... enfermizo... un poco cojo... y muy tímido. Tiene veintidos ó veintitres años...

—¿Y qué es de la marquesa?...

—Se halla recluida en un hotel del faubourg Saint Germain, donde no se ocupa más que de la religión. Separada de todo, hasta de sus hijos, que se arreglan como pueden... Les ha abandonado la fortuna del padre... Con la suya la basta...

Melchor Chagny consultó su reloj.

—La media - dijo haciendo un gesto de impaciencia.—Tengo ratas en el estómago.

En aquel momento se abrió una puerta.

Una mujer de unos treinta años, muy hermosa, de una belleza escultural, una belleza modelo, opulenta de formas, llena de vigor y de vida, operó su entrada.

Saint-Aubin se precipitó á su encuentro.

—¡Mi querida Olimpia!—dijo.—¡Al fin!

—¡Mi única debilidad!—prosiguió hablando con Chagny, al cual la señora decía familiarmente

—¿Qué, Melchor, nos emancipamos esta noche?

— Con alegría.

— Y misterio—insinuó la dama.

— Por conveniencia solamente, porque no me regatearía la libertad. La pequeña Duprat y yo estamos hechos, en verdad, el uno para el otro...

— Me pregunto cien veces por qué se os ocurrió la idea de casaros. Se comprende que lo hagan los que van buscando una dote... ¡Pero, vos, un ricachón!...

— La ocasión... ¡Qué sé yo!...

El barón quitaba á la señora las prendas de abrigo y el sombrero con galante complacencia.

Aparecía descotada hasta medir espalda, en el esplendor de madurez, espaldas satinadas y brazos magníficos, terminados por unas manos un tanto tersas.

Pero el conjunto no estaba exento ni de confortable, ni de gracia.

Tenía negros ojos, con largas y abundantes pestañas y espesas cejas, los rasgos redondos, los labios carmines, y los cabellos á no dudar teñidos con un rojo de Venecia tan natural que hacia dudar del artificio, el conjunto tenía un encanto y una seducción que en adelante no podía ya más que decrecer.

Esta mujer, era la querida á la cual Jesús Piriac hacia alusión algunos momentos ántes, Olimpia Andral, una vagabunda del boulevard de Clichy que Saint-Aubin había encontrado una tarde en una cervecería y de la cual se había enamorado locamente.

Desde hacia cuatro ó cinco años, llevaba esa vida que ata tanto como un matrimonio, lazo que es muy difícil de romper.

Vestía ricamente.

Era en una palabra su alma.

El exterior era casi el de una mujer de la buena sociedad.

El alma había permanecido tal y cual era ántes, llena de vicios y dominada por una pasión feroz, los celos.

Poco á poco fueron llegando los demás convidados.

Primeramente los Caylus. El mayor llevaba á su hermano para el cual añadieron un cubierto, después el crítico un hombre tripudo, muy alegre y muy chistoso, después la hermosa Guerrito que se presentó con ademanes de gitana granadina y acompañada de cuatro jóvenes muy bonitas vestidas con riquísimas *toilettes*.

El primogénito de los Caylus, el marqués Raimundo, era muy diferente de su hermano, el propietario de Aubignac.

Era un muchachote moreno y fuerte, con un rostro de una distinción perfecta, de aspecto militar, con dos ojos negros, vivos y expresivos y un rostro en el cual se leía á primera vista, los ardores de la juventud, que arrastran á los hombres al placer y al amor.

Pero en la manera con que sus ojos se dirigian á su hermano, en la dulzura de su voz cuando le presentó á las señoras y á los demás convidados del barón Máximo, se veía que en él depositaba una gran parte del afecto que bullía en aquel corazón tan noble y fogoso.

Los dos hermanos, por muy distintos que fuesen, se adoraban. Los ojos menos expertos hubieran podido comprenderlo.

En el abandono, del cual aquellos dos here-

deros de un gran nombre y de una gran fortuna habían sido objeto, pues sus padres estaban muy ocupados con sus asuntos ó con sus pasiones, se habían encariñado el uno con el otro, contribuyendo á ello uno de los convidados del barón Máximo, que sentía por ellos una amistad que no se había desmentido nunca.

El conde Reveillon, el mejor amigo del difunto marqués de Caylus.

Reveillon, uno de los vividores más conocidos del boulevard, pródigo en extremo y encantador, al cual una tía previsora había tenido la idea de legar una renta vitalicia de unos veinte mil francos, gastaba cincuenta, tomándolos de cualquier mano, había servido de guía á aquellos dos desheredados, no de la fortuna, sino del amor, ó por lo menos de los cuidados de sus padres.

El era el que los guiaba en el mundo del placer donde el mayor ocupaba desde hacía tiempo un lugar preferente, y donde el joven no iba más que con repugnancia.

La comida empezó:

Que era exquisita, es inútil decirlo.

La mesa parecía una cesta de flores.

Un aroma delicioso, á rosas, á violetas y á perfumes embalsamaba el ambiente.

Jorge de Caylus, un tanto tímido y ruborizado por las provocadoras miradas de aquellas mujeres, se ponía colorado y se mordía los labios, cuando se hacían alusiones demasiado crudas y sentía deseos de hallarse lejos de allí.

¡Oh! París no le atraía.

No le gustaba.

Prefería la soledad, el silencio del campo y de los bosques, la lectura al amor de la lum-

bre, la vida pacífica, lejos del bullicio de la vida, lejos de la lucha por el maldito dinero, lejos de las elegantes corrupciones, cuya vista le herían.

—¿En qué piensas, monin?—le preguntó á quemarropa la hermosa Guerrito, que se hallaba sentada frente á él.

Guerrito, la bailarina española, de escandalosas posturas, de dulces ojos, de rasgos de madona de Rafael, loca y alborotadora hasta el extremo de hacer saltar á las gentes juiciosas, y excitante hasta el extremo de hacer saltar las cabezas débiles como taponés de champagne.

—¡Pienso en mi ideal!—respondió el joven sonriendo.

—¿No está aquí, bebé?

—Vamos—dijo interviniendo el conde de Reveillon—ya veis que no puede contestaros, cortesmente debiera deciros que sí. Pero su sonrisa os dice que no.

Un chaparrón de preguntas cayó sobre él. Brotaron á la vez de seis bocas femeninas.

—¿Dónde brilla tu estrella?

—¿Dónde anida tu paloma?

—¿Bajo qué cielo respira la maravilla?

—¿Dónde puede admirarse ese fenómeno?

—Dínoslo en seguida.

—¡Ah!—dijo el conde sin desconcertarse.

—¿En el faoburg Saint-Germain?

—¿En casa de mamá?

—¿Alguna criada encantadora?

—¿Alguna vieja que se encarga de educar?

Jorge de Caylus meneaba la cabeza y como Reveillon lo había anunciado su sonrisa decía que no.

—¿No es parisiense entonces?

El joven no contestó.

—¿Una provinciana?

—¿Y por qué no?—dijo Chagny.—He conocido mujeres de provincias hermosísimas, capaces de hacer perder la cabeza á los hombres más serios.

—¿De modo que el ideal está en una capital de provincia?—preguntó Olimpia.

—Esta vez, Jorge de Caylus dijo claramente:

—No.

Poco á poco se iba envalentonando.

¿Era acaso el champagne lo que le iba dando audacia?

—¿Dónde entonces?—preguntó la española con la boca llena.

—En medio del campo.

—¡Una aldeana!...

—¡Quizás!

Aquella semideclaración fué acogida con ruidosas exclamaciones.

—¿Alguna pastora?

—¿Guarda gansos?

—¿Cuidará los caballos?

—Pudiera muy bien ser la hija de la mujer de algún guarda.

—Ahí, ahí quema—dijo Chagny.—¡He conocido más de una que no tenían nada de feas! ¡Y que por la noche, después de una cacería!... ¡Vaya, no hay que escurrirse!

—Vamos—dijo Olimpia,—no nos hagas languidecer. Cuéntanos la historia... Te daremos buenos consejos.

Jorge de Caylus dijo con dulzura:

—No acertáis.

Y se tocó la frente.

—Mi ideal está aquí—añadió.—Cuando lo haya encontrado, me uniré á él, le seguiré hasta que me comprenda... Y mi único deseo será el no abandonarle.

—Di más bien que no quieres hablar—añadió la bailarina.

—Es posible.

—Es porque te da vergüenza, porque la individua no tiene nada de tentadora. Y en efecto, ¿qué se puede encontrar en una granja?

Hizo un gesto de desagrado, como si ella hubiese descendido del cielo:

—¡Puf!

La Guerrito era hija de una gitana con todo el tipo de una bruja del arrabal del Albaicín de Granada.

Nació en un montón de trapos.

¿Pero no hay rosas que nacen en el fango?

El marqués, que se hallaba muy ocupado bromeando con su vecina, una rubia preciosa, al oír la exclamación de la granadina, á la cual no quería, levantó la cabeza.

—¿De qué se trata?—preguntó.—¿Creeis que en el campo no hay jóvenes preciosas?

—¡En una granja! ¡Qué asco!

—¿Y por qué no? En Auvernia, en los bosques del Morvan ó en las praderas de Normandía, yo, el que os habla, he visto verdaderas bellezas.

—¡Bah!

—Tal y como os lo digo... Preguntádselo si nó á Chagny, á Saint-Aubin, á Reveillon.

—¡Me dejais parada!

—Hay en Francia muchas mujeres hermosas que admirar, no solo vais á tener el privi-

legio de la hermosura vos y otra media docena de figuritas de cera que se os parecen.

—¡Insolente!

—Mirad, voy á contaros una aventura que me sucedió á mí, hace aun muy pocos meses.

Y volviéndose hacia su vecina le dijo al oído:

—No te enfades, puede uno encontrar mujeres bonitas y no por eso dejar de quererte.

Y dirigiéndose á sus convidadas empezó diciendo:

—El otoño pasado...

—Empieza como un folletín—dijo Olimpia que abrió la boca como si de antemano fuera á dormirse con el relato.

—Esperad. Fuí á ver á mi madre á un balneario... Para matar el tiempo fuí á hacer una excursión á una posesión que tenemos casi abandonada, cuyas cercanías son muy pintorescas. Hay en ella un castillo y unas ruinas que no están desprovistas de encantos...

—¿Dónde?

—Dejémoslo aún en el misterio. Si os dijese el sitio, tomariais inmediatamente el tren... Y yo no quiero.

—Continúa—dijo Reveillon, á quien el relato comenzaba á interesar.

—Pasé dos ó tres horas en aquel sitio tan retirado. Hay allí un bosque, un parque, jardines, una montaña y no pocas granjas... Durante mi excursión, no ví nada extraño... Bosques, prados, campos y algunos pastores y pastoras indígenas que no tenían nada de particular. Pero en el momento de subir en mi coche para volver á... ¿Sabeis lo que ví?

—Dilo.

—Estaba delante de la casa del jardinero, que une á sus funciones las de conserje de aquella estancia encantadora, cuando me quedé como desvanecido!

Todos exclamaron:

—¡Exagerais!

El marqués afirmó:

—No, os lo aseguro.

—¿Y por qué?

—En una de las ventanas de las habitaciones del jardinero, una joven se apoyaba en la barandilla mirando al exterior.

Pido perdón á estas señoras, que por su hermosura no pueden tener envidia á nadie; pero es difícil imaginarse una cabeza más encantadora, más radiante ni más virginal.

—¡Oh!

—Sí, virginal, repito, con talento y hermosura en los ojos, en el color, en la nariz, en la boca, en una palabra, en todo su cuerpo. La verja estaba cerrada. Fué preciso buscar una llave para que mi coche pudiese entrar. Se necesitó tiempo. La verja tuvo la buena ocurrencia de no querer abrirse en seguida. Estabamuy oxidada. La aparición no se asustó. Pude examinarla á mi gusto. Los cabellos eran hermosos y tenían el matiz de la cáscara de las castañas maduras, frente altiva, ojos enormes, sombríos, profundos y muy vivos... Pero lo que había que ver era aquella boca, con unos dientes nacarados, los carrillos y la barbilla... La boca se hace agua... ¡Qué frescura! La verja, por fin, tuvo el mal gusto de ceder y abrirse... Pasé. Un poco más allá me volví.. Mi hada seguía aun en el mismo sitio y me sonreía, poniéndose púdicamente colorada.

Jorge de Caylus se había puesto púrpura cuando su hermano empezó el relato. Ahora estaba pálido y parecía que le costaba gran trabajo el respirar.

Su hermano se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Te interesa mi historia?

El joven se repuso de su emoción y trató de sonreírse.

—Sí—dijo.—Solo que debías decirnos el sitio donde tuvo lugar.

—¿Tienes interés en saberlo?

—Reveillón fué el que se encargó de contestar por él.

—Todos tenemos interés en saberlo.

—Pues bien, el día que Jorge nos convidó á pasar unos días en su antiquísimo castillo de Aubignac, os lo diré.

—Cuando quieras.

—Lo pensaré.

—Puedes hacer las invitaciones... Os recibiré allí con sumo gusto.

—A todos, á todos—exclamó la hermosa Guerrito.

—¡Oh, tú, para entonces ya estarás lejos con algún imbécil que tenga un Perú en los bolsillos!

—Acepto el vaticinio.

—¿Y cuál es el final?—preguntó Olimpia.

—El final es que París no tiene el monopolio de las muchachas bonitas. Por lo demás, cuando son como la de que os hablo, acaban por venir á desembarcar en él. La veremos un día cualquiera en el boulevard, y quién sabe, quizás en este mismo salón.

Levantó el vaso, y dijo riéndose:

—¡A la salud de mi desconocida!

La hermosa rubia, la vecina de Raimundo, le dió en los dedos con el abanico, diciéndole:

—Raimundo, os prohíbo que os ocupéis...

—¿De quién?

—De la aldeana.

—¿Qué, tenemos celos?

—¡Y aunque así fuese!...

—Querida mía, no soy digno de semejante favor. Además, entre los ciudadanos aquí presentes, exceptuando á Jorge, no hay corazón, hermosa, alma sencilla, no hay uno que valga un suspiro ni un pesar. Somos todos moscones de la peor especie, y nos enorgullecemos de ello.

El abanico se agitó frenéticamente.

El marqués puso su nerviosa mano en el puño de la rubia, y la redujo á la inmovilidad.

A partir de aquel momento, el Champagne empezó á saltar, y empezó la orgía, que no queremos describir por no poner al descubierto esa vida de crápula que se hace en las grandes poblaciones por personas al parecer dignas del mayor respeto, y que en realidad son la hez de la sociedad, vestida con frac y guante.

Fué preciso al amanecer enviar á sus respectivas casas en coche á las mujeres que componían aquella brillante reunión, por estar embriagadas.

No quedaron en el salón más que Máximo, el anfitrión, con la presidenta, Olimpia. Y después de haber pagado la cuenta montaron en el coche, y mientras que el carruaje rodaba hacia el domicilio de la antigua vecina de Montmartre ó de Clichy, el barón pensaba:



—La hermosa de que nos ha hablado Caylus vive en un país montañoso cerca de Royat.. Es Aubignac... Ya veré, ya veré lo que hay por allí cuando vaya á dar una vueltecita por Auvernia.

Y la hermosa Olimpia observó:

—Ya sabes, querido, hablo de esa belleza que ha encontrado Caylus.

El barón fingió no acordarse.

—¿De qué belleza?—preguntó.

—La hija del jardinero.

—¡Ah, sí!

—Pues bien, el cojito está enamorado de ella.

—¡Bah!

—Pero perdidamente.

—¡Quiá!

—Está bien. Los hombres no notan nada. ¡Ya lo veremos! Volveremos á hablar de ella algún día.

Y se arrimó aún más á su amante.

—No sentiria en este mundo más que perderte.

El se encogió de hombros.

—¡Yo no temo nada!...

Y parodiando una frase célebre:

—Si no es Mazas que se me venga encima.

Y añadió:

—Pero no lo temo. Decididamente los Grumbach son unos hombres muy sabios.

Al amanecer el carruaje depositó á la enamorada pareja á la puerta de una excelente casa de la avenida de Víctor Hugo.

Habian llegado.

Allí era donde vivia Olimpia, que era la querida del barón Máximo Saint-Aubin Des-

chaumes, después de haberlo sido de otros muchos que no valian tanto como él, y le tenía un afecto grandísimo, porque comprendía que sería el último.

—¿Pero por qué se extrañaba de la serenidad de su amante? ¿Y por qué el barón, rico en apariencia por lo menos, acogido cariñosamente en todas partes, miembro de varios círculos, habia hablado de Mazas?

## II

### En familia.

Los Chavarux no estaban contentos. Amaban al difunto marqués de Caylus todo cuanto ellos podian amar á alguien ó á algo, exceptuando el dinero.

Y si le querian era por una razón. El marqués era un amo al cual no veían apenas.

No habia ido quizás diez veces á Aubignac desde los cincuenta años que contaba y solo para cerciorarse de que las paredes del castillo estaban aún en pie y que no habia goteras en los techos, y en cada visita estaba diez minutos y desaparecía.

Era discreto y encantador.

El guarda cazaba por su cuenta. Chavarux sembraba por la suya.

Ellos eran los verdaderos dueños de la casa.

Aubignac era para ellos.

Y hé aquí que el señor de Caylus, el nuevo dueño decia: «Volveré pronto», y que parecia querer sentar allí sus reales.

Y en efecto, habia mandado criados de Paris, una mujer, el cochero, un jefe de cocina y